

Francisco Coll, Apóstol de la Palabra



5

**Ideales y anhelos de Francisco Coll en su tarea
de Misionero Popular**



Ideales y anhelos de Francisco Coll en su tarea de Misionero Popular

A.- IDEALES

Vocación dominicana

A raíz de la frase que Francisco escuchó de un desconocido: “Tu, Coll, debes hacerte dominico”, no pudo quitar de la mente la nueva iniciativa que se abría ante su futuro. Como no era persona rápida para tomar decisiones en asuntos de importancia, se tomó un tiempo para orar, reflexionar, consultar y asegurarse de su verdadera vocación.

Desde el comienzo de su formación manifestó un empeño constante en vivir la VERDAD y predicarla en medio de tanta ignorancia y desorientación religiosa. A buen seguro que no le fue difícil centrarse en los elementos básicos para crecer en su vocación dominicana: estudio asiduo de la verdad sagrada, celo por la salvación de las almas, dedicación al oficio divino y a la oración, predicación evangélica para difundir por todo el mundo la luz de la divina doctrina.

Como fundador, su ideal era que las Hermanas fuesen Dominicas.

“Esas Hermanas, flores del árbol plantado por mi Padre Santo Domingo, saldrán como brillantes estrellas para iluminar con su doctrina a las innumerales niñas que van caminando entre las tinieblas más espesas de la ignorancia” (cf Regla o Forma de Vivir).

Hombre de paz y de reconciliación

La guerra civil había destrozado muchos pueblos y sus gentes se movían entre odios y rencillas... Muchos quedaban sin hogar, otros sin alimentos ni vestidos, otros prisioneros de guerra, en una palabra faltos de todo. No es difícil imaginar el estado de ánimo de aquellas gentes.

do con eclesiásticos sabios y fervorosos, concibió la noble y caritativa idea de fundar un Instituto de Hermanas de la 3ª Orden de su P. Sto. Domingo de Guzmán, Orden ya instituida por el Sto. Patriarca y aprobada por más de treinta Papas. Echó, pues, los cimientos de esta nueva Congregación, en la ciudad de Vich en 1856, con conocimiento y aprobación de los Prelados eclesiástico y regular.

Después de reunir al primer grupo de Postulantes en el Call Nou de Vic, el 15 de agosto, de fundar una casa en Roda de Ter (25 de agosto de 1856), y de hacer la defensa con todas sus fuerzas de aquella tierna planta, es decir, la Congregación, que se veía atacada por todo género de vendavales, volvió a Lérida a predicar en el mes de diciembre; es probable que se tratara de algún novenario de ánimas. Regresó a Vic llevando nueve Postulantes.

Viendo los iniciadores de las Hermanas llamadas Servitas la identidad de miras del nuevo Fundador y la mayor solidez que al parecer prometía esta nueva Congregación, acordaron con él, que, dejando aquellas la 1ª Asociación de Servitas (bajo cuyo nombre se habían juntado, y en la que no habían hecho todavía profesión alguna) entraran en la naciente Congregación de la 3ª Orden de Sto. Domingo, plan que todas aceptaron, después de haberlo reflexionado bien en unos santos ejercicios espirituales.

Desde luego el nuevo fundador, conocedor ya de las inapreciables dotes de la hermana Rosa Santaeugenia, la escogió por Directora de las demás, y compañera inseparable en la instalación de las Casas filiales.

En Septiembre de 1857 la M. Rosa hizo la profesión religiosa junto con otras once hermanas, que fueron las primeras que profesaron.

B.- VIVOS DESEOS

Asegurar una Predicación Continua y

Facilitar la vida religiosa a las jóvenes llamadas

Dos fueron los motivos que impulsaron al Padre Coll a la fundación de la Congregación. El primero, además de la gloria de Dios, fue el asegurar el fruto de sus predicaciones en los pueblos por medio de sus Hermanas Religiosas que se dedicarían a enseñar a las niñas de los pueblos el santo temor de Dios, el respeto y sumisión a los padres y Superiores, dándoles una instrucción suficiente. El segundo, fue el deseo de procurar a las jóvenes pobres que tenían o que pudieran tener vocación religiosa, una Congregación en la que se les posibilitara llevar a cabo sus deseos de ser religiosas aunque carecieran de medios económicos.

¿Qué pasará en los pueblos cuando se terminen las misiones? ¿Quién les recordará sus obligaciones cristianas?

Vio con claridad que el trabajo misionero abría la llama de la fe y la vida cristiana en el corazón de la gente, pero ¿qué pasará después? Sin atención pastoral, sin enseñanza religiosa, las gentes volverían a caer en sus costumbres relajadas, los niños y los jóvenes crecerían sin educación cristiana y la ignorancia, sobre todo en la mujer, era la causa de muchos males.

¿Quién me seguirá? ¿Cómo continuar la obra comenzada? Atento al Espíritu Santo, el Padre Coll fue atisbando la solución a sus dos preocupaciones: dar continuidad a su trabajo evangelizador y facilitar la vida religiosa dominicana a jóvenes, que había conocido, y estaban deseosas de vivir su existencia en "*carisma dominicano*".

Movido, pues, el P. Coll, del celo de la gloria de Dios, de la salvación de las almas y del fomento de la devoción del santo Rosario, y palpando en sus misiones por una parte las fatales consecuencias de la ignorancia principalmente religiosa, y por otra encontrando a muchas doncellas inclinadas a la vida religiosa, pero sin poderla abrazar por falta de suficiente dote, después de haber encomendado mucho a Dios y consulta-

En la población de Mojà, concretamente, encontró en 1839 una situación tal que iba a facilitarle la ocasión que demostró su calidad de misionero popular, de predicador ardiente y oportuno, ante tanta angustia. Subió al púlpito, echó una mirada al auditorio, y empezó el sermón con estas angustiosas palabras: ¡Pobres madres! ¡Pobres hijos! ¡Pobres esposas! La conmoción se apoderó del auditorio, y apenas pudo continuar, el llanto y los gritos apagaban el eco de su voz. A partir de ahí se extendió en consideraciones sobre la caridad, el perdón y la misericordia... Los ánimos antes tan encarnizados se amansaron, cesaron los odios y la paz llegó a los hogares.

Esta experiencia resultó vital e iluminadora, acerca de la eficacia de la Palabra de Dios predicada con el corazón más que con la boca.

Otros relatos parecidos podríamos encontrar en tantos pueblos y ciudades por los que predicó el infatigable misionero: Esterri, Tremp, Balaguer, Gerona, Barcelona, Lleida, una lista interminable.

Toda su vida estuvo marcada por la Palabra fue un portador de la Palabra por los pueblos que habían perdido la fe. Francisco Coll supo despertar en ellos el hambre de la Palabra, el deseo de vivir una vida cristiana. Fue un hombre que dio testimonio de lo que significaba el encuentro con el Señor, fue un hombre de paz, de esperanza, de caridad, de reconciliación en los pueblos que habían conocido la guerra y sus consecuencias. Realmente fue un hombre de Dios, que supo llevar la paz y la reconciliación a muchas familias en aquella sociedad dividida por rencillas y rencores.

Intensa vida de oración

En los años de seminarista destacó Francisco por su aplicación, bondad, trato amable y vida de piedad. Solía llegar a Vic una hora antes de que comenzaran las clases y la empleaba en hacer oración en alguna iglesia retirada.

Su preparación principal, antes de cada Misión y durante la misma, la hacía en la oración, a los pies del Sagrario, con el rezo del Rosario o contemplando alguna imagen. Le atribuyen una respuesta dada por medio de un gesto, cuando San Antonio M^a Claret le preguntó de dónde sacaba cuanto había predicado. Se limitó a señalar un díptico con una imagen de la Santísima Trinidad a un lado y la Virgen de los Dolores al otro. Algo parecido se dice también que contestó el propio Claret a una pregunta que le hizo el P.

Domingo Coma, condiscípulo del P. Coll.

“Por las mismas referencias ya indicadas me consta que, el Siervo de Dios llevado de su gran fe no sólo fue cumplidor y observante de sus obligaciones y deberes, si que también fue muy amante del don de la oración, que practicó asiduamente, y se complacía en tener la oración mental prácticamente con las Hermanas, las cuales decían que guardaba siempre el don de la presencia de Dios en la que practicaba todas las cosas.

El Padre Coll siempre manifestó una devoción acendrada a la Santísima Virgen manifestada de un modo especial con el rezo asiduo del Santo Rosario y la oración del Ángelus. Se levantaba muy temprano para entregarse a la oración mental. Este mismo método guardaba cuando se dedicaba a las predicaciones, confesando por la noche hasta las doce y levantándose a las cuatro de la madrugada”. (Testimonios)

En la homilía de la Beatificación, celebrada en la Basílica de San Pedro del Vaticano, el Papa resaltó su admirable servicio a la Iglesia y a los hombres; tras ponderar el significado de su persona y obra, señaló el fundamento en que logró apoyar todo: "Una tarea absorbente, pero a la que no falta una base sólida: la oración frecuente, que es el motor de su actividad apostólica. En este punto el nuevo Beato habla de manera muy elocuente: es él mismo hombre de oración; por ese camino quiere introducir a los fieles (basta ver lo que dice en sus dos publicaciones, *La Hermosa Rosa* y *La Escala del Cielo*); ése es el sendero que señala en *La Regla* a sus hijas con palabras vibrantes, que por su actualidad hago también mías: *La vida de las Hermanas debe ser vida de oración [...] Por eso os mando y os vuelvo a mandar, amadas Hermanas, no dejéis, a no ser por gravísima causa, la santa oración.*" (Juan Pablo II).

Pobreza

Francisco Coll, practicó la pobreza religiosa en sus múltiples manifestaciones:

Así lo expresan las declaraciones de los testigos en el proceso:

- Vivió la pobreza hasta la exageración, su vida fue sencilla y austera.
- Vivió sin casa propia y renunció totalmente a las cosas mundanas.
- Siendo estudiante en Vic, entendió a qué le obligaba la ley del trabajo.
- Cuando fue religioso, practicó perfectamente la pobreza, aun cuando se hallaba fuera del convento; y por amor a la pobreza no quiso recibir, por la predicación y demás funciones de su ministerio, sino lo estrictamente necesario para vivir.
- Por la santa pobreza se contentaba con vestir muy humildemente y con lo estricto.

corazón, con toda la mente, con toda el alma y con todas sus fuerzas; con caridad de amistad trascendental, progresiva, perfecta y suma. Siempre buscó la gloria de Dios y el bien del prójimo.

Las Hermanas decían del P. Francisco que era un volcán de amor de Dios, siempre en actividad y que por esto su lengua alababa continuamente a Dios y a la Virgen con jaculatorias, y exhortaba a todos a alabar a Dios.

Manifestó su caridad heroica en el celo con que predicaba, tanto que en Olot la gente decía que era el buen Dios quien les hablaba. Nada agradaba al P. Francisco si no llevaba el sello de la caridad, y miraba con prevención las mismas obras pías, cuando no llenaban la condición indispensable de la caridad para con Dios.

Animado de esta caridad, la comunicaba con todos sus actos. Si hablaba, hablaba por amor de Dios; si predicaba, predicaba por amor de Dios; si se exponía a los dichos de la gente y a los peligros, se exponía por amor de Dios; si comía, si bebía, si hacía cualquier otra cosa, todo lo hacía por amor de Dios.

Desde el púlpito, hablaba de Dios, de sus perfecciones y atributos divinos, de tal modo, que entusiasmaba a sus oyentes.

Manifestó también su caridad heroica para con Dios, con el celo indescriptible que puso en práctica para promover el culto Divino, sometiendo, especialmente en las misiones, a incomodidades que le quitaban todo reposo.

El P. Coll tuvo para con el Señor una caridad tan grande, que escribió en la regla de las Hermanas: Os recomiendo todas las virtudes; pero de un modo especial "la caridad, la caridad, la caridad"; y otras veces decía: Es tanto el amor que tengo a Dios, que si me fuera posible, haría píldoras de amor de Dios, para que todo el mundo pudiera participar de él.

Amaba a Dios con caridad perfecta; que no sólo ponía en Él habitualmente su corazón, de tal modo que nada pensaba, decía o hacía contra Él, sino que ponía todo su cuidado en darse todo a Él, prefiriendo lo que más le agradase.

Manifestó su caridad heroica para con Dios en el modo de decir la Santa Misa, en la que era edificante su recogimiento; también cuando hablaba de la Virgen y Sto. Domingo, hasta cambiaba de semblante.

La caridad del siervo de Dios fue tan heroica que estando ya totalmente ciego decía: estoy tan conforme con la voluntad de Dios, que si supiera que aplicando mis dedos a los ojos curaría, no siendo esto conforme al mayor gusto de Dios, no lo haría.

Hombre de esperanza

El P. Francisco Coll, poseyó la virtud de la esperanza en grado heroico. Mediante esta virtud tendía con todas sus fuerzas a la posesión y visión beatífica de Dios, como a su último fin. Además esperaba de la bondad y misericordia infinita del Señor, por los méritos de Jesucristo y por la intercesión de la Stma. Virgen y de todos los Santos, los medios necesarios y sobrenaturales para conseguir este último fin.

Para el siervo de Dios los bienes temporales perdían todo valor, comparándolos con los eternos, y todo en este mundo le servía para elevarse a Dios y poseerlo en el Cielo. Esta idea la mantuvo en todas sus aspiraciones, pero especialmente en la grandiosa obra de las misiones.

El P. Coll, manifestó una esperanza heroica, soportando las persecuciones que le suscitaban los revolucionarios, con el solo pensamiento del cielo: "¡Sólo mirando al cielo, decía, me siento satisfecho!"

Hacia frecuentes actos de esperanza y los recomendaba, infundiendo a todos el deseo del Paraíso. Encadenaba los corazones con estas palabras: "Al cielo, al cielo, al cielo"; y haciendo a todos esta pregunta: ¿Cuándo iremos al cielo?

En el P. Coll brilló la virtud de la esperanza en aquella confianza ilimitada que tuvo siempre en Dios; especialmente en los momentos críticos de la Congregación que había fundado. "¿Quién esperó en Dios, decía, y fue confundido?" Por esta confianza tan grande en la Divina Providencia, obtuvo muchos auxilios pecuniarios extraordinarios.

Fue especial la confianza de conseguir la salvación eterna por la intercesión de la Virgen, a quien continuamente invocaba, y cuya devoción incesantemente recomendaba.

La certeza de su esperanza se reforzaba con el don del temor de Dios. Este temor se manifestaba en todo su modo de proceder. Se creía grande pecador; no tenía confianza en sí mismo, y se encomendaba a las oraciones de las Hermanas. Repetía con frecuencia, especialmente en la última enfermedad: Señor, tened piedad de mí, que soy un gran pecador.

Caridad heroica

El P. Coll se distinguió por su gran caridad para con Dios amándolo con todo el

tamente necesario. También fue pobre en el mobiliario de casa, no permitiendo jamás ningún objeto superfluo; el pueblo lo llamó "el pobrecito".

- Fue austero consigo mismo, pero generoso con los pobres, a los cuales daba todo lo que tenía.
- El siervo de Dios quiso vivir en el mundo desprendido completamente de todas las comodidades y en la más extrema pobreza.
- Profesó a los pobres gran caridad, dándoles aun la comida que le preparaba la hermana con la cual vivía, y contentándose él con una sopa de maíz.
- Su vestido era pobre y tan remendado, que la señora Massot le dijo un día: "¿Por qué va vestido tan pobremente?" -"Porque he prometido pobreza y he de observarla", contestó.
- Solía llevar pedazos de pan en el bolsillo. Preguntado para qué los llevaba consigo, respondía: "Son las primicias de los pobres". Algunas veces preguntaba a su hermana Teresa: "¿Qué hay para comer?"- Oída la contestación, mandaba repartir la comida entre los pobres que esperaban en la escalera.

La pobreza que vivió en Moia era notable; un día se quedó con sólo seis monedas, por haber repartido todo lo demás a los pobres; pues, austero consigo mismo, era dadivoso con los demás. Cuando se retiró a Vich, tuvo en su casa algunos estudiantes pobres; el mobiliario de su casa consistía en: la cama, librería, dos sillas, una mesa, un crucifijo, una imagen de San Francisco de Paula, cuyo nombre llevaba, y un díptico, que conservó, con las imágenes de la Santísima Trinidad y la Virgen de los Dolores.

Preocupación constante: la Gloria de Dios y la Salvación de las almas

Durante su larga permanencia en Moia, era el sacerdote ejemplar, celoso de la gloria de Dios, de la Virgen Santísima y de la salvación de las almas. Era una opinión general, que por la salvación de las almas, hacía cualquier sacrificio. Testimonios, p. 218. No se limitaba a meros actos de caridad.

Tenía preferencia por el mundo infantil. Veía que los niños y jóvenes crecían sin educación cristiana. La juventud desvalida la miraba con cariño especial, sobre todo cuando prometía en el servicio de Dios y salvación de las almas...

En el trabajo era incansable, tanto en el confesonario como en el púlpito, distinguiéndose en el celo con que enseñaba la doctrina a los niños y niñas, unas veces re-

uniéndolos en las iglesias, otras veces en su casa. ¡Siempre encontraba ocasión para enseñar el camino del cielo!

Casi en todos los sermones decía que habíamos sido creados para el cielo. *Al cielo, al cielo, hermanitos, al cielo, al cielo, a la vida eter...na, a la bienaventuran...za eter...na*. Estas palabras, dichas con la unción con que él las decía, enternecían a casi todo el pueblo, haciendo asomar lágrimas en los ojos de muchos.

Con frecuencia decía "Al cielo, al cielo", inculcando con fervor la devoción del Santísimo Rosario. Desde el púlpito les advertía: "Si me necesitáis llamadme a cualquier hora de la noche". Sus conversaciones eran siempre del cielo y de la Congregación.

La Hna. Inés Pujos, que le conoció, cuenta que en su última enfermedad, al hablarle del Cielo, en seguida dejaba de llorar, seguía la conversación sobre lo mismo, mostrando vivos deseos de estar allí. Le acostumbraba a decir: "Padre, ¿qué hará por mí en el Cielo?", y decía: "Te guardaré una perla de mi corona". "Con sólo pensar en el cielo, quedó satisfecho"...

A las Hermanas les decía con frecuencia: "Hermanas cuando se encuentren agobiadas y afligidas, levanten los ojos al cielo, y recuerden que aquella es su amada patria". Cuando ya ciego e imposibilitado, le decían las Hermanas: "¿qué será de nosotras cuando Usted muera?" Él con toda sencillez, y como quien trata de la cosa más natural del mundo, contestaba: "Más útil les seré en el cielo".

Balada al PADRE COLL

Hoy queremos recordar, Padre Coll aquel anhelo de Vida Eterna,
Eterna que tú llevabas tan dentro.

Sediento estabas de Dios, sediento estabas de Cielo
y por eso expresabas tan profundo sentimiento
repitiendo muchas veces como un dulce balbuceo:

LA VIDA ETERNA, ETERNA,
AL CIELO, AL CIELO, AL CIELO.

Cuando el Cielo es cercanía el ruido se hace silencio
y se siente la armonía que canta el universo.

Cuando el Cielo es cercanía todo es tan sencillo y bueno:
el arroyo de la fuente, el pájaro y el lucero.

Cuando el Cielo es cercanía se vive cada momento
saboreando el gozo de existir aquí en el tiempo.

Amante de la Eucaristía

El fervor con que celebraba la Misa, le hacía parecer como extasiado; la decía con pausa, pero sin pesadez, extendiendo los brazos con visible devoción, tanto, que las gentes durante las Misiones preferían su Misa a la de sus compañeros; lo mismo sucedía cuando rezaba el Santísimo Rosario, y mientras la oración mental, en la cual estaba siempre de rodillas, repitiendo cuando la hacía con la comunidad con grandísimo fervor: "avivemos la presencia de Dios, Dios nos escucha", y otras jaculatorias que, como saetas atravesaban el corazón.[Testimonios, pp. 370-371 y 387].

Antes de la Misa pasaba un rato de rodillas preparándose (aunque por otra parte estuviera ocupado en el confesionario), y el rato que empleaba después en dar gracias solía ser grande. [Testimonios pp. 386-387].

Gran devoción a la Virgen y ardiente propagador del Rosario

¡Cuántas veces se le vió en los púlpitos con el Rosario en la mano, excitando a sus fieles oyentes a la devoción de la Santísima Virgen, y mostrándoles el Rosario, decirles que era la firmísima escalera para subir al cielo! Como verdadero hijo de nuestro Padre Santo Domingo, heredó su espíritu, y sobre todo, heredó de nuestro Santísimo Patriarca la devoción a María, y en especial la del Rosario.

Animaba mucho al cielo, a la confianza y a la devoción a la Virgen Santísima; predicaba como escribió en sus Adiciones a las Reglas, siempre hablando del cielo y de la Virgen, repitiendo muchas veces: "María, Madre". [p. 81].

"Lo que os encargo de un modo particular, es que profeséis una cordial devoción a María Santísima. Sí, sí, amad a María, porque ella ama a los que la aman y los que son solícitos en buscarla la hallarán".

"Tiene en su poder las riquezas, la gloria y la abundancia para enriquecer a los que le entregan su corazón, a los que acuden a ella con una verdadera devoción y confianza".